

SUPLEMENTO

PEDAGOGÍA DE UNA MAESTRA, ADELANTADA A SU TIEMPO.

NATIVIDAD ARAQUE HONTANGAS

Universidad Complutense de Madrid

PEDAGOGÍA DE UNA MAESTRA, ADELANTADA A SU TIEMPO.

NATIVIDAD ARAQUE HONTANGAS

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: Este artículo intenta aportar nueva información sobre la importancia de la maestra María Sánchez Arbós, mujer de alta capacidad y adelantada a su tiempo, en la introducción de nuevos métodos pedagógicos propios de la Institución Libre de Enseñanza, a la cual estuvo vinculada durante largo tiempo. Su presencia en la Escuela Primaria en varios periodos de la historia de España, a pesar de su depuración, favoreció el desarrollo de los principios educativos de la Institución tales como: respeto a la conciencia del alumno, laicismo, tolerancia y aplicación del método activo, en las escuelas limitadas al adoctrinamiento político del régimen franquista.

Palabras clave: Maestra. Escuelas de Primaria. Métodos Pedagógicos. Institución Libre de Enseñanza. Régimen franquista.

ABSTRACT: This article tries to contribute to new information on the importance of the teacher Maria Sanchez Arbós (high ability woman more advanced for the time she lived) in the introduction of new own pedagogical methods of the Free Institution of Education, to which she was tie during long time. Its presence in the Primary School in several periods of the history of Spain, in spite of its purification, favored the development of the educative principles of the Institution such as: respect to the conscience of the student, laicism, tolerance and application of the active method, in the schools limited the political indoctrination of the pro-Franco regime.

Key words: Teacher. Schools of Primary. Pedagogical methods. Institución Libre de Enseñanza (Free institution of Education). Franco regime. the text to translate.

1. INTRODUCCIÓN

En este artículo se desarrollan de forma resumida las aportaciones pedagógicas de María Sánchez Arbós, la cual partía de unas concepciones metodológicas en materia de enseñanza enraizadas con la Institución Libre de Enseñanza y, particularmente, del Instituto Escuela en el cual ella había impartido sus clases, tanto en Primaria como en Secundaria. Los principios que inspiraban los planes de estudios y los métodos que se aplicaban en el Instituto-Escuela estaban basados en los más modernos de aquellos momentos. Por una parte, se plantaba un plan de estudios cíclico, con una enseñanza basada en la acción. De tal manera que en cada curso se veían las mismas materias –fundamentales–, ampliándolas progresivamente en función de la madurez también progresiva de los niños.

El Instituto-Escuela también introdujo un método activo, similar al “Learning by doing” o aprender actuando, haciendo. Este método se aplicó en España a partir de 1910. Se trataba de aprovechar las facultades del niño, en cuanto su tendencia de hacer, actuar e indagar. En este sentido, María de Maeztu, la cual fue mentora de María Sánchez Arbós, incidía en que era necesario acentuar la correlación entre la actividad de pensar y la actividad creadora, buscando en todas las enseñanzas la mejor manera de combinar el pensar y el hacer, el pensamiento y la acción.

2. DE LAS PRIMERAS INQUIETUDES AL ANÁLISIS DE SU OBRA

María Sánchez Arbós nació en Huesca el 31 de octubre de 1889, su padre era Manuel Sánchez Monstestruc, secretario del Ayuntamiento de dicha ciudad, y su madre era Paciencia Arbós Campaña¹. Se trataba de una familia burguesa interesada por la cultura, a pesar de que su madre era reticente a que María estudiase algo más que el Bachillerato, que curso en el Instituto de Huesca. Sin embargo, el ejemplo del padre, un hombre tenaz, trabajador y estudioso, sirvió de ejemplo y apoyo para que María comenzase los estudios de magisterio en la Escuela Normal de Huesca, y que continuó, en el tercer curso, en Zaragoza².

¹ Martínez Medrano, E. (1980). *María Sánchez Arbós. Una maestra oscense (1889-1976)*, Zaragoza: Alcorces. Tema Aragonés, nº 18.

² Juan Borroy, V. M. (1999). María Sánchez Arbós. Una maestra aragonesa en la edad de oro de la Pedagogía. *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 92: 12-21.

No se puede seguir hablando de su biografía sin antes valorar la personalidad y la calidad humana y docente de María. Por ello, es conveniente decir que se trataba de un ser excepcional, con vocación de maestra, que sin duda se apoyaba en su gran sensibilidad, inteligencia, humanidad, tenacidad, vitalidad, alegría y generosidad. No sólo fue una mujer maltratada por la injusta depuración del régimen franquista, sino que también fue una pedagoga que introdujo nuevos métodos en su labor educativa adaptados a las circunstancias de los alumnos.

Pedro Álvarez de Miranda en un artículo publicado en el periódico *El País*, hablaba de María Sánchez Arbós en los términos siguientes³:

“Fue una persona que dedicó toda su vida, con enorme sencillez y en medio de dificultades sin cuento, a la tarea de llevar adelante una escuela, con una pasión por los niños que jamás desmayó. Toda su “doctrina” cabría en estas palabras: enseñar a ser persona, educar en la libertad, en el amor por la bondad y la belleza, en el respeto mutuo”.

En 1908, con diecinueve años, tuvo la primera experiencia como maestra en la Escuela Unitaria de Alfajarín (Zaragoza). María preparó las oposiciones al Magisterio en la Academia de Antonio Solans en Zaragoza, este maestro le habló por vez primera de la renovación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza. En 1912, se presentó a las oposiciones que convocó el rectorado de Madrid, obteniendo una plaza en propiedad en la Escuela de la Granja de San Ildefonso⁴. Dentro de ese espacio docente conoció a Francisco Giner de los Ríos, que estaba realizando una excursión con alumnos de la Institución Libre de Enseñanza.

2.1 La introducción en la Institución Libre de Enseñanza

El afán de superación de María la indujo a matricularse, en 1914, en la Universidad para cursar los estudios de Filosofía y Letras. Sin embargo, en 1915 se encontró en Madrid, con Rosa Roig, compañera de la Escuela Normal de Zarazoga, la cual fue el nexo de unión de María con la Institución Libre de Enseñanza y con el Museo Pedagógico, donde conoció a Manuel Bartolomé Cossío, que impartía una conferencia con el título: “el

³ Álvarez de Miranda, P. (1976). La última enseñanza de María Sánchez Arbós. *El País*, 11-11-1976

⁴ VV.AA. (1977). María Sánchez Arbós, “Recuerdos de una maestra”, en el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid: Tecnos, pp. 19-21.

maestro, la escuela y el material de enseñanza”, defendiendo la importancia del juego en el desarrollo y educación de los niños, y propugnando una mejor formación de los maestros.

El interés de María por los métodos pedagógicos que propugnaba Manuel Bartolomé Cossío, pronto se convertiría en una amistad que perduraría de por vida. A partir de 1916 realizó estudios en la Escuela Superior de Magisterio y obtuvo media beca para su estancia en la Residencia de Señoritas. A este respecto, María de Maeztu propuso a la Junta que María Sánchez Arbós fuese una de sus maestras en prácticas, colaborando en las clases para niñas de la burguesía ilustrada, que organizaba el Instituto Internacional⁵. En 1918, María entró a formar parte del profesorado de primaria del Instituto-Escuela, que era muy exigente en la selección de profesorado. Además, colaboró en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, en la *Revista de Pedagogía* y la *Escuela Moderna*.

Durante su docencia en la Institución Libre de Enseñanza, afirmó que María Goiri, esposa de Menéndez Pidal, había sido su mejor maestra y que Bartolomé Cossío había sido su gran ayuda en su tarea docente hasta el fallecimiento de éste en 1935. Además, continuaría diciendo que en esa Institución aprendió más de lo que enseñó, dando clases desde párvulos hasta mayores, asistiendo a colonias infantiles de verano y rodeada de “sinceridad y ánimos de lucha”.

El año 1920 supuso un cambio importante en la vida de María Sánchez Arbós, debido a su boda con Manuel Ontanón, hijo de un profesor de la Institución Libre de Enseñanza, el cual escribió con Joaquín Costa uno de los primeros artículos en el *Boletín Oficial de la Institución Libre de Enseñanza*. También porque fue nombrada profesora de la Escuela Normal de la Laguna (Tenerife), sin que esto supusiese una satisfacción para María, la cual siguió añorando la alegría y espontaneidad de sus alumnos de primaria, en una clases más sobrias, en las que las alumnas se limitaban a copiar apuntes, con el consiguiente rechazo de María, que intentaba dar mayor dinamismo a las clases, recomendándoles lecturas y, posteriormente, comentario de revistas como la de *Pedagogía*, que dirigía Lorenzo Luzuriaga.

⁵ Palacios Bañuelos, L. (1988). *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, p. 235.

La insatisfacción de María en la Escuela Normal, motivó su traslado, que le correspondía por turno de ascenso, para ocupar una vacante en la Escuela Normal de Huesca, en 1925. Sin embargo, seguía soñando con volver a Madrid, para que sus hijos se educasen en el Instituto-Escuela, de tal manera que en 1928 consiguió que le asignasen un grupo de Secundaria de dicha Institución, siendo la encargada de Letras en el primer curso de Bachillerato. Este hecho quedó patente en su Diario, aduciendo que no halló prácticamente diferencias de métodos y procedimientos entre Primaria y Enseñanza Secundaria, lo cual suponía para los alumnos un avance progresivo que les resultaba inadvertido hasta los catorce o dieciséis años, cuando ya tenían mayor poder de decisión para elegir su trayectoria futura.

María continuó impartiendo docencia, en 1929, con los mismos niños, en segundo curso de Bachillerato, aunque siempre con el deseo de volver a la Escuela, de tal manera que el 30 de enero de 1930 dejó las clases de Secundaria, después de ganar una plaza por oposición para el Grupo Escolar “Menéndez Pelayo” de Madrid, haciéndose cargo de una clase de apoyo a 52 niñas con dificultades y retraso en el aprendizaje. Esta tarea supuso un acicate para María que se esmeró en buscar nuevos métodos pedagógicos, con los que consiguió buenos resultados.

2.2 La consecución de sus aspiraciones durante la Segunda República

Una vez proclamada la Segunda República, el Ministerio de Instrucción Pública la propuso elaborar un Reglamento de Nuevos Grupos Escolares. El 10 de diciembre de 1932, aprobó una oposición para la dirección de grupos escolares, consiguiendo ser número uno, que le permitió elegir el Grupo Escolar “Francisco Giner”, que se inauguró el 14 de abril de 1933 en la Dehesa de la Villa de Madrid. En este Centro contaba, durante el primer año de funcionamiento, con una matrícula de 648 niños.

A pesar de las dificultades inherentes del “Francisco Giner”, con un índice tan alto de matriculación y con los problemas que tenían los niños de las clases humildes de continuidad en sus estudios, María consiguió crear el interés en los niños y en las familias por continuar y terminar sus estudios de Primaria. Una medida novedosa, que despertó el interés y la implicación de las familias por la Escuela, fue la creación de la Asociación de Padres de

Alumnos del “Francisco Giner”. Este periodo de su carrera docente fue, sin lugar a dudas, el que más trabajo y más satisfacciones le dio.

María consiguió crear una escuela nueva, alegre, favorecedora de los trabajos manuales, la lectura, la biblioteca, el juego, en la que disfrutaban los niños y contaban con más comodidades que en sus casas, puesto que provenían de familias trabajadoras humildes con escasos recursos económicos. Para lograr sus objetivos, contaba con maestros de vocación, que amaban a los niños y a la Escuela.

Desgraciadamente, los comienzos de la Guerra Civil, convirtieron el sueño de María en una amarga pesadilla, después de que cayese una bomba en uno de los torreones de la Escuela, concretamente el 8 de noviembre de 1936. Los alumnos y los maestros abandonaron el edificio, que fue ocupado poco después, por la columna Durruti, llegada de Barcelona para defender Madrid. Sin embargo, ella pidió permiso a Julián Besteiro –rector de la Institución- para trasladar a las dependencias de la Institución Libre de Enseñanza a los alumnos del “Giner de los Ríos”, continuando sus clases, a partir del invierno de 1937, en los locales de la Institución en el barrio de Chamartín. A partir de marzo de 1938 fue trasladada a Valencia en calidad de inspectora, llevándose a sus hijos con ella, a pesar de que era imposible trabajar en la situación de caos en que se encontraba el país.

Finalizada la Guerra, María volvió a la sede de la Institución, donde se presentó un grupo de falangistas, el 30 de marzo de 1939, dentro del cual se encontraba un alumno de la Institución, hijo de alemanes de origen judío. María intentó infructuosamente impedir que entrasen en las instalaciones, pero finalmente consiguieron su propósito de destrucción, quemando libros y muebles y talando los árboles que había en el recinto. Sin duda, se trataba de una de las muchas actuaciones del régimen franquista contra todo vestigio de modernidad de la Institución Libre de Enseñanza y sus principios fundamentales: laicismo, coeducación, tolerancia, respeto a la conciencia del niño y del maestro e igualdad de oportunidades. Inclusive, se eliminaron los nombres relacionados con dicha Institución, de manera que el Grupo Francisco Giner pasó a denominarse Andrés Manjón.

2.3 La depuración y la supervivencia durante el régimen franquista

Finalizada la Guerra Civil, desde septiembre a diciembre de 1939,

fue encerrada en la cárcel de mujeres de las Ventas, junto a las trece rosas, que fueron fusiladas en una valla del cementerio del Este, por el simple hecho de haber militado durante la Guerra en las Juventudes Socialistas

Unificadas. La directora de la cárcel era Carmen Castro, una antigua alumna de María, que se sorprendió de ver encarcelada a esta mujer de gran humanidad y valía profesional. María rehusó aceptar privilegios personales, para solicitar que se habilitase una zona de la cárcel para las mujeres que vivían con hijos pequeños y que se convirtiera la sección de menores en una escuela para las presas jóvenes. Ambas peticiones fueron llevadas a cabo por Carmen Castro.

La excarcelación de María Sánchez Arbós se produjo en diciembre de 1939 y dos años después fue absuelta por un Tribunal militar, aunque también fue expulsada del magisterio. A partir de ese momento, vinieron años difíciles de subsistencia porque María y su esposo tenían que sacar adelante a sus cinco hijos y no querían mendigar favores. María tuvo que recurrir a las clases particulares y a colegios privados, con los que no estaba de acuerdo en su metodología, puesto que sólo les importaba las notas, los premios y el prestigio.

Finalmente, su rehabilitación en el magisterio se produjo en julio de 1952, gracias a las gestiones de un hombre próximo al régimen, a cuyo hijo le había dado clases María. Sin embargo, su ingreso en la Escuela de Daganzo en septiembre de 1953, no le aportó ninguna satisfacción, abrumada por el desprecio de las autoridades, el desinterés de los alumnos por aprender y la falta de disciplina. En este sentido, llegó a pensar que cuanto mayor era la incultura, mayor era la indisciplina y la falta de educación.

Sin embargo, el destino le tenía preparado finalizar sus años de docencia hasta el momento de su jubilación, en la Escuela Preparatoria del Instituto Femenino de Enseñanza Media Isabel la Católica de Madrid, donde comenzó el 24 de octubre de 1954. Este Centro estaba ubicado en el edificio del anterior Instituto-Escuela y había pertenecido al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su hija, Elvira Ontañón, decía sobre el Instituto Isabel la Católica que: “aquí trabajó con satisfacción, y se sintió comprendida y estimada en su labor”⁶.

⁶ Instituto Isabel la Católica (1981). *Crónica 79-80 del Instituto Isabel la Católica*. Madrid: Instituto Isabel la Católica, p. 35.

Sin embargo, María Sánchez Arbós, junto con las alegrías que le aportaban las alumnas con sus progresos fruto de su gran profesionalidad, tuvo que sufrir las humillaciones y las envidias de algunas compañeras, que la veían como a una proscrita que había estado en la cárcel por pertenecer a la Institución Libre de Enseñanza, algo endemoniado para las calenturientas mentes que no veían más allá de los designios del régimen franquista. En este sentido, el 4 de octubre de 1959 finalizó su labor docente en el Instituto Isabel la Católica, dedicando las palabras siguientes⁷:

“Hoy tengo que consignar mi profundo pesar por retirarme de la labor escolar. El último día de este mes cumpla 70 años, y la ley me obliga a jubilarme. Me apena de modo extraordinario abandonar la Escuela, para consolarme, quiero pensar en las humillaciones que he tenido que sufrir, en los peligros que soslayar, en la fría acogida de mis compañeras y en las peligrosas envidias. Pero nada sirve para borrar la amargura de perder la escuela, donde, ante la presencia de las niñas, se me ha olvidado todo lo desagradable, y se me han disipado los pesares.”

Evidentemente, la educación de la Escuela Preparatoria de este Instituto, que estaba mediatizada por la formación religiosa y patriótica que imponía el régimen franquista en aquellos años, adquirió otro espíritu de libertad, respeto y tolerancia que impulsó María Sánchez Arbós con sus planteamientos pedagógicos, que se expondrán a continuación.

3. LA INTERVENCIÓN DEL MAESTRO EN LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

El maestro tenía que conquistar a los alumnos, ganarse su simpatía, porque el éxito radicaba en la atención que prestasen los alumnos. María era consciente de que muchos maestros eran partidarios del rigor y la sobriedad en su primer día de clase, mientras otros, por el contrario, eran proclives a un trato demasiado permisivo, con dádivas y sonrisas. Sin embargo, tan contraproducente era el excesivo rigor como el excesivo afecto, porque el profesor tenía que responsabilizarse de su labor, motivado por su vocación y entusiasmo como docente. Mostró su contrariedad con los maestros de la vieja escuela que pretendían llevar la clase “derecha

⁷ María Sánchez Arbós (2006). *Mí Diario*, Zaragoza: Gobierno de Aragón y Caja Inmaculada. Pp. 199-200.

como una vela” con un gesto duro y adusto, que abocaba a la tortura del profesor y de los alumnos.

El niño a los diez o doce años mostraba una curiosidad y ansia de saber, que representaba para el maestro un resorte fundamental para desarrollar su labor docente, y al advertir que el maestro ponía fe y seguridad en sus palabras, el niño quedaba satisfecho. El maestro que inspiraba cariño a su persona y confianza en su palabra, conquistaba a los alumnos, de tal manera que la disciplina se podía establecer cuando el maestro desease o le conviniese, siempre que fuese de corta duración. María pensaba que cinco horas de disciplina rigurosa eran muy cómodas para el maestro, pero catastróficas para el “bienestar de los niños”, que era la base para despertar el interés por los contenidos de la enseñanza⁸.

Concede gran importancia a la influencia que el maestro ejercía sobre sus alumnos, observó como las niñas, sobre todo al comenzar el curso, jugaban a las maestras, imitando los gestos, las palabras y hasta el acento para ordenar a sus condiscípulas. Por ese motivo, consideraba que la maestra debía ser el mejor modelo posible para las alumnas. Esta influencia llegaba al punto de que las niñas reclamaban a sus padres aquellas cosas que exigía la maestra con la frase: “lo ha dicho la señorita”, de tal manera que debían aceptarlo porque para las alumnas era dogma de fe. El maestro que entraba en el alma de los niños, perduraba en su recuerdo y sus corazones durante toda la vida.

María pensaba que el maestro debía animar siempre al niño, utilizar los refuerzos positivos, y jamás desesperanzarle. La recriminación brusca de sus fallos, inclinaba al niño a la torpeza y a la indignación. En este sentido, cuando tenía que poner “mal” en la nota de los cuadernos, se esforzaba por hacer ver al interesado, que esa nota estaba relacionada con los trabajos de los compañeros o con lo que le falta para llegar a un punto de perfección marcado, pero que esa misma nota no significaba que fuese incapaz y torpe, porque podía haber sido más favorable con un grupo de compañeros de un nivel educativo más próximo a él. El niño apreciaba, en todo momento, el buen trato de que era objeto, y apreciaba “que se le juzgue con cariño”, a pesar de su tendencia a mentir y a hacer algunas trampas.

⁸ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, pp. 207-208.

La disciplina, de la que se quejaba en los primeros momentos de la puesta en marcha del Instituto-Escuela, mejoró sensiblemente con el paso del tiempo. En abril del año 1920, muestra en su Diario su aprecio al buen comportamiento de los niños disciplinados, que además de estarse quietos en la clase “me obedecen siempre y no me engañan”. Esos logros eran, según su criterio, porque era complaciente con ellos, procuraba hablar a los niños con corrección y tolerancia y tenía con ellos un trato relajado, dejándoles usar su libertad, cuando el niño decía que tenía calor, le permitía salir un poco al patio, si se cansa le dejó descansar un poco, no desperdicio ocasión de educarlos.

María pone de relieve la importancia del maestro en la labor educativa y la influencia que ejerce en los niños. Es tanta esta influencia que piensa que si se le encomendara a un “maestro de vocación” un reducido grupo de niños para seguirlos paso a paso, posiblemente, los niños “resultarán iguales a él”, porque piensa que el maestro tiene una gran facilidad para moldear la conducta del niño. Concretamente, piensa que el maestro es un “moldeador de almas”. Relataba que siendo ella agnóstica, acompañó a sus niños a hacer la Primera Comunión, pensaba que convivir con ellos e interesarse por su vida y sus progresos era el más grande ideal de la humanidad.

Ese trabajo de educar a los niños no aportaba al maestro, frecuentemente, grandes satisfacciones, pero al menos tenía el cariño de los niños, que sabían captar lo que el maestro daba por ellos. Ponía por ejemplo, la reacción de los niños ante la inspección imprevista de una profesora de la Escuela Superior de Magisterio, que les comentó a los niños que ella era su alumna y que acudía a ver si su labor era la adecuada. El interés de los niños por contestar bien para dejar en un buen lugar a su maestra fue extraordinario. Al final, cuando la dijeron ¿Verdad que la queremos a usted mucho?, María decía haberse sentido feliz con esa actitud de sus alumnos.

3.1 El respeto y la tolerancia con los niños

María era consciente de que se enfrentaban los maestros al problema de los grupos numerosos, contando a veces con una sección para los niños anormales, que complicaba la falta de comprensión que debía existir entre el maestro y el discípulo. Sin embargo, era partidaria de evitar tratar a los alumnos con la férrea disciplina y la dictatorial actitud que habían tenido que soportar ellos cuando eran pequeños. Estaba en contra del trato

despectivo que se daba a los niños en las escuelas y en las familias, incluso recurriendo a los palos. En concreto decía de manera textual: “Los niños de nuestras escuelas están tan acostumbrados a que se les peque, que un ligero movimiento que hacemos a veces al inclinarnos hacia ellos para escuchar su reclamación, les obliga a retroceder involuntariamente, como para librarse del golpe esperado”.

En el Grupo “Francisco Giner” consiguió que todos alabasen lo extraordinario de aquella escuela en la que no se pegaba a los niños. La disciplina la conseguían a través del respeto que guardaban los maestros a los niños, desde una actitud comprensiva, de imparcialidad y preocupación por ellos, aunque no excesivamente permisiva. El niño admitía las correcciones e incluso los castigos, cuando era consciente de que se realizaban en beneficio propio. No se trataba de ser demasiado condescendiente, ni demasiado afectuoso, sino riguroso e imparcial al mismo tiempo que respetuoso con el niño, para formar integralmente al niño, no sólo enseñarle unos contenidos sino enseñarle a vivir y a formar su personalidad, sin que el papel del maestro fuese el de transformar, sino el de orientar.

Manifestaba que el niño tenía conciencia de lo que hacía desde bastante antes de los seis años, con las connotaciones propias de esa edad, por lo que el maestro debía pretender que los niños aprendiesen a obrar con discernimiento en la edad escolar, ni de grado ni por la fuerza. El maestro debía pretender exclusivamente que los niños aprendiesen a obrar según su conciencia, aunque al maestro le pareciese incomprensible lo que hacía, de igual manera que al niño le podían parecer extrañas las exigencias del maestro. Consideraba que era fundamental conseguir que todo niño fuese desarrollando su conciencia con arreglo a su edad, de tal manera que dejar obrar al niño daría lugar a resultados más favorables que obligarle a seguir un camino que no comprende ni le gusta, perdiendo los años de la escuela en una marcha forzada y mecánica, que más tarde o más temprano abandonaría para seguir su primera inclinación.

Los programas oficiales

El programa escolar era confeccionado por las autoridades pedagógicas, cuyo contenido era expresivo de los conocimientos que debía poseer el maestro. Las escuelas se enorgullecían de tener unos programas extensos y con una gran variedad de materias. En este sentido, María manifestaba que no sólo estaba en contra de su gran extensión, sino de que

había sido confeccionado a priori, en base a los manuales de Pedagogía, sin tener en cuenta el nivel intelectual de los niños a los que se les iba a enseñar.

El método Decroly fue muy comentado y criticado por algunos maestros, en cuanto eliminaba de sus clases el horario y el programa. El programa se iba realizando día tras día, y al final del curso estaba terminado, de tal manera que se había tenido en cuenta lo que cada niño había dicho y hecho. María estaba de acuerdo con este método, más que con la elaboración previa de algo utópico y sin base real.

Los programas escolares eran demasiado extensos, tanto en materias como en lecciones, se dividían las asignaturas en dos grupos: uno de Ciencias y otro de Letras. Al tratar las distintas materias, los maestros no se preocupaban de trazar unos lazos de unión entre ellas, que les ayudasen a los niños a consolidar sus conocimientos. Los programas de las escuelas graduadas estaban confeccionados como una unidad total que se dividía en tantos pedazos como grados había, seis u ocho en general. María decía que en un mismo grado podía haber niños que repetían, para los cuales el programa representaba un aburrimiento; niños que habían entrado nuevos, para los que el programa carecía de relación con los conocimientos adquiridos en otros Centros; y niños más retrasados que no terminaban de adaptarse al programa. De tal manera, que todo eso abocaba al maestro a un completo fracaso.

En la escuela que regentaba María existían dos problemas preocupantes: la asistencia regular a la escuela y la limpieza de los niños.

El problema de asistencia pensaba que se podía resolver con flexibilidad, estableciendo un horario distinto al que regía para todos.

Evidentemente, no quería establecer la medida tan cómoda de cerrar las puertas al niño que asistía irregularmente, porque en la mayoría de los casos eran hijos de obreros con circunstancias especiales que les impedían cumplir con el horario oficial.

Los sábados y los lunes eran días con mayor absentismo por parte de las niñas a la escuela, puesto que en esa barriada obrera, las madres tenían que dejar a la niña mayor al cuidado de sus hermanos, mientras ellas acudían a comprar, aunque a veces también las niñas tenían que realizar la compra en lugar de asistir a la escuela. Algunas niñas, después de realizar

esas tareas, llegaban a la escuela sofocadas por la carrera que habían tenido que dar para llegar a tiempo, a veces lloraban por haber llegado tarde a pesar del esfuerzo que habían tenido que realizar. Esta situación, repetida un día tras otro, sin comprensión por los maestros, daba lugar a que las niñas tuviesen que dejar la escuela a los doce años, mucho antes de lo que sería conveniente y de lo que ellas deseaban.

3.2 La forma de impartir los contenidos

María era consciente de que la docencia, además de ser su gran pasión, era un trabajo duro y absorbente. Pensaba que el acercamiento a los niños, era una forma de compartir algunos aspectos de la niñez que proporcionaban mayor satisfacción y alegría. Trabajo que una vez logrado el fruto hay que abandonar. El último día de clase escribe que los niños pasan ya al Bachillerato y se lamenta: “Es triste un esfuerzo para perderlo en cuanto se consigue, pero ésta es la labor del Maestro. Luchar para perder. Y al curso Próximo “otra vez deberá comenzar la conquista y otra vez abandonaremos lo conquistado”.

María Sánchez Arbós insistía en que “lo importante no es contar muchas cosas (a los niños) sino que hace falta relacionar unas con otras y fijar las ideas”. Por ello no empieza cada día las clases, sino que hay “que empezar recordando lo dicho”, de manera que lo nuevo pueda asentarse sobre lo ya conocido.

A la hora de incidir en un aparte u otra de la explicación ha de jugar la habilidad del maestro para “dar más valor al asunto que ha de servir de eje, para sugerir nuevas ideas”.

El método activo envuelve, toda esta labor. No se trata de enseñar muchas cosas, sino de “enseñar a pensar”. Era necesario conseguir que el propio niño sea el que indague, busque las cosas, “ellos solos descubren y aprenden las cosas”. Hay, por ello, que armonizar los programas poniendo siempre un ejercicio práctico tras una pregunta teórica; de esta forma se logra, además, que el niño se fatigue menos.

Como profesora de Letras, ponía énfasis especial en la enseñanza de la lengua. De hecho, en sus años de aspirante dedica las tardes a acudir a las clases de Literatura que daba en la Residencia María Goyri, “en esta clase, que me encanta, adquiero una precisión y un criterio recto que me sirven mucho”.

Ponía de relieve la dificultad de lograr que los niños escribiesen correctamente. En enero de 1920 señala que era la primera vez que no había tenido que corregir ninguna falta de ortografía en los cuadernos de dictado, mientras que a principio de curso hacían una media de 50-60 faltas entre las dos páginas de dictado. Este le llevaba a afirmar: “lo más difícil es escribir bien” y que “hasta que los niños lean comprendiendo y escriban con cierta corrección no hay nada que hacer en la escuela”. Y una apreciación final, para escribir correctamente la experiencia demuestra que por encima de teorías está “leer mucho”⁹.

María consideraba que la pobreza de conocimientos que la escuela proporcionaba al niño se debía al poco trabajo del maestro, sino a las enseñanzas que se habían impartido con una rapidez excesiva, sin que él hubiese podido tomar parte activa en casi ninguna de las exposiciones. Evidentemente, el niño rechazaba pocas cosas, debido a su gran flexibilidad, poder de adaptación y captación, pero el maestro no podía contentarse con la pasividad del niño, sino que debía descubrir y aplicar el método más provechoso para los niños. Por ese motivo, la simple exposición de los contenidos no era suficiente, siendo necesario insistir y llamar la atención sobre ellos.

El arte de perder el tiempo era una máxima para María, mostrándose contraria con los maestros que consideraban la repetición una pérdida de tiempo. De tal manera, que mejor que tratar de enseñar muchas cosas a los niños, era explicándoselas de manera rutinaria, era preferible “perder el tiempo” dejándolas en manos de la discusión e interpretación de los niños.

Se trataba de seguir un método activo, cuando en la mayoría de las escuelas los niños se limitan a estar en una actitud pasiva, perdiendo en la mayoría de los casos el hilo conductor de las explicaciones, que les resultaban pesadas y rutinarias.

Estaba en contra de los exámenes. En 1928 afirma que no se dan ni reciben las clases pensando en un examen. “Hacemos el esfuerzo necesario para avanzar un curso más... Olvidándose de exámenes, etc.”. “En mi clase no hay puestos, ni números, ni diplomas; si algún niño queda mal en clase lo sentimos todos, y si otro sobresale lo miramos con alegría y hasta con aplauso”. Incluso pone de relieve que en ese curso no hay ningún sobresaliente ni ningún suspenso en las notas finales y que así “todos están contentos”.

⁹ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, p. 80-81.

María se encontró incómoda con las inspecciones que se realizaban frecuentemente en las clases. Decía en el primer año de trabajo en el Instituto-Escuela: “Lo que me molesta un poco es no poder hacer con los niños cuanto quiero, sin inspecciones ni vigilancias”. Cuando vuelve, en 1928, refiere las largas estancias del inspector Zulueta en las clases, el cual se pasaba hasta dos horas sentado entre los niños. Entonces, María Sánchez Arbós agradecía el gesto amable del inspector que implicaba aprobación de su labor, “en la sonrisa agradable del inspector leía yo bien claramente su aprobación.

3.3 La utilización del juego en el aprendizaje de los niños

La actividad constante del niño se manifestaba casi siempre jugando, por lo que consideraba necesario que el niño jugase no por obligación, sino como recurso para la enseñanza. Todo aquello que se hacía jugando llegaba a interesar a los niños, porque el juego no perdía nunca interés. Los métodos más adecuados y admitidos eran, en el fondo un juego combinado, en el que se dirigía la actividad de los niños. La Escuela podía funcionar, de tal manera que el eje de toda enseñanza fuera jugar, pudiendo obtener magníficos resultados, superiores a las formas rígidas de enseñanza que se utilizaban habitualmente.

El niño siempre serio, formal y trabajador no estaba en su verdadero papel de niño, porque “el joven que se comporta como un viejo no merece ser joven”. La escuela que exigía seriedad a los niños para que pudiesen hacerse hombres, sólo convertiría a los futuros hombres en pesimistas y tristes. Por el contrario, la escuela que basaba su actividad en el juego y que desenvolvía la enseñanza dentro de un ambiente alegre, optimista y a la vez respetuoso y tolerante con los niños, favorecía el desarrollo del niño, pudiéndole enseñar sus derechos y deberes, saber ganar y perder y respetar el lugar y los derechos de los compañeros. De tal manera que el juego se convertía en un instrumento de enseñanza intelectual y moral de los niños¹⁰.

3.4 Los libros de texto

María aduce que los libros no sólo se habían usado, sino que se había abusado de este instrumento de cultura, excluyendo a cualquier otro. El uso de los libros denominados “de memoria” fueron el único recurso utilizado

¹⁰ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, pp. 262-263.

por algunos maestros que estaban interesados únicamente por “tomar la lección”. Esto era una muestra de la pasividad del maestro, que abocaba a los niños al aburrimiento, de tal manera que las escuelas renovadas llegaron a eliminar por completo su uso, en un intento de romper con una costumbre que se tildó de “conservadora”, con la intención de concederle un matiz político.

La escuela nueva eliminó la utilización del libro de texto, a cambio de las exposiciones del maestro, que producían aburrimiento y desinterés en los niños, de tal manera que para evitar este fracaso se recurrió a la utilización del cuaderno, que sustituyó al “libro de memoria”, con la ventaja de que el niño era el que confeccionaba su cuaderno, mejorando su ortografía y redacción. María era más partidaria del uso del cuaderno que del libro de texto, aunque era consciente de que terminó fracasando su uso porque degeneró en rutina, porque el niño se limitaba a escuchar las lecciones y tomar notas en sus cuadernos, sin que hubiese comentarios al respecto. Según María el cuaderno “tiene su parte de rutina y que, si bien no señala hasta dónde hay que recitar, se limita en cambio a indicar hasta dónde hay que escribir”¹¹.

En opinión de María, era aceptable utilizar el libro de texto en la escuela, siempre que se utilizase convenientemente sin abusar de él. El libro representaba un atractivo para el niño, al cual estimulaba su aplicación. Lo importante era saber concebirlo y redactarlo de manera que resultase satisfactorio para las aspiraciones de los niños, entendiendo su uso como algo complementario a las explicaciones del maestro y no como recurso único.

En relación con la importancia de la utilización de los libros en la escuela, María comentaba que las escuelas de aquella época organizaban su biblioteca antes que cualquier otra labor complementaria. Los niños apreciaban en los libros que leían muy pocas cosas de las que un adulto podía extraer, por lo que era conveniente que los libros de la biblioteca se adecuasen a las necesidades de los niños, ofreciéndoles cuentos, aventuras, poesías, biografías, leyendas, etc.

Normalmente, los niños se inclinaban por la lectura de los cuentos. En la Escuela regentada por María, se obtuvo buenos resultados, solicitando a los niños que llevaran su “Cuaderno de Biblioteca” en el cual se anotaban cada tarde que pasaban por ella (dos a la semana), el libro que

¹¹ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, p. 267.

leían, el autor, el título, el número de páginas que tenía y una síntesis de lo que leían cada día. Evidentemente, se intentaba que los niños aumentasen el gusto por la lectura, de tal manera que también redundase en la consecución de unos mejores rendimientos escolares y adquiriesen una mayor cultura.

3.5 Las clases de trabajos manuales

El trabajo manual se había impuesto en el programa en paralelo con las Ciencias Naturales, y para María era una asignatura indispensable para desarrollar en mayor o menor medida la habilidad que sería de gran utilidad para los niños en un futuro. En las clases de trabajos manuales era imprescindible que el número de alumnos no fuese excesivo, porque el maestro tenía que atender individualizadamente a cada niño para enseñarle a confeccionar objetos. Evidentemente, el niño durante estas clases sentía necesidad de enseñarlo su obra al compañero y al maestro, por lo que se levantaba, alzaba la voz, pero no podía ser de otra manera, porque exigir silencio y orden llevaría al aburrimiento y al desinterés de los alumnos.

María consideraba necesarios algunos materiales como eran: papel, cartón, tijeras, goma, alambre, plastilina, etc., pero el problema radicaba en que los niños de las barriadas obreras no llevaban ningún material a clase, debido a sus dificultades económicas. El costo que suponía la compra de estos materiales para la Escuela era otro problema con el que debían enfrentarse. De tal manera, que también se establecieron unas limitaciones para el desarrollo de estas actividades, en el sentido de que no podían considerarse puramente artísticas o prácticas, de tal manera que se consideraba partidaria de que fuesen una forma de desarrollar la creatividad de los alumnos, a los que no se les debía exigir la perfección y, por tanto, los estereotipos¹².

3.6 La intervención de los padres en la escuela

María fue crítica con los métodos de las viejas escuela, pero también estaba en contra de algunas escuelas nuevas que bajo su apariencia externa de modernidad estaban regentadas por personas que impedían la aplicación

N. Araque

de nuevos métodos pedagógicos, a lo que había que añadir algunos impedimentos como el elevado número de niños que había en las clases, debido a las especiales condiciones de analfabetismo que atravesaba el país, y al nivel cultural de las familias.

¹² Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, p. 274-275.

Los padres eran un pilar básico en la formación de los alumnos, pero también representaban un potencial crítico hacia la actividad formativa de los maestros, en tanto que “Hay muchos padres que protestan porque sus hijos tardan en aprender a dividir, porque no estudian el libro de memoria, porque no se les enseña la cartilla y el catón, y hasta porque no se les castiga o pega cuando es menester”. La mentalidad de unos padres sin una adecuada base cultural también significaba un impedimento para la escuela nueva, porque imposibilitaban un cambio radical y efectivo de la educación.

La escuela nueva tenía que estar formada por un limitado número de maestros con las mismas pretensiones de reformar y mejorar la educación, y además la matrícula debía ser inferior a los ochocientos o más alumnos que estaban obligados a admitir en los Centros. Por ese motivo, pensaba que había muy poca diferencia en aquellos tiempos entre las viejas y las nuevas escuelas.

Para llevar a cabo una profunda transformación educativa, había que dar a la escuela un valor social que no había tenido la escuela tradicional, de tal manera que ampliase su radio de acción a las familias. María era consciente de que llevar la influencia de la escuela a las familias era una labor lenta y difícil, pero había que poner en marcha la creación de Asociaciones de Padres, y esto lo convirtió en una realidad en el “Francisco Giner”, donde había podido apreciar el avance que se observaba en los padres, a pesar de que no todos estaban asociados.

La Asociación de Padres del “Francisco Giner” fue un acicate para que las familias estuviesen en contacto con la escuela con una frecuencia semanal o mensual, y a pesar de las dificultades que tenía llevar a cabo este proyecto en la más completa soledad, se consiguió que un buen número de padres estuviesen dispuestos a escuchar y a cumplir las sugerencias de los maestros. El objetivo de estas asociaciones era hacer más provechosa la labor docente y formativa de la escuela, sin que nada se implantase con carácter definitivo, mientras que no se hubiese consensuado y aprobado por los padres¹³.

Las Asociaciones de Padres eran más necesarias todavía en las zonas rurales, porque esos maestros podían haber trabajado mucho, pero por no haber acercado a los padres a la escuela, había quedado relegado su papel a recoger en la escuela a los niños que no servían para trabajar con los padres

¹³ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, pp. 218-221.

en el campo o en otros cometidos. Las familias de los niños en las zonas rurales eran proclives a pensar que la escuela era una pérdida de tiempo para sus hijos, porque el único objetivo era que continuasen los oficios paternos.

María Sánchez Arbós pensaba que la preocupación de los padres porque los niños pasasen de un curso a otro, se basaba en que se comenzaba a reconocer a la Escuela Primaria como algo fundamental. Todos los padres querían que sus hijos avanzasen, porque significaba que el hijo estaba capacitado y que el maestro enseñaba bien. En este sentido, establece tres categorías de alumnos: a) niños más inteligentes e interesados por aprender, que eran poco numerosos; b) niños indolentes y retrasados, que eran escasos, y c) una mayoría que alternaba cualidades ventajosas y desventajosas para su progreso¹⁴.

Pensaba que seguir con el mismo grupo era muy cómodo, el maestro no hacía nada con ellos, en todo caso, les perjudica al retardar su avance.

Era consciente de que se había escrito muy poco a favor de una pedagogía aplicable a los niños adelantados, a los cuales consideraba que se les sometía forzosa e injustamente a la marcha media de la clase, superando sin problema los sucesivos cursos.

El grupo de retrasados, aunque no era motivo de gran dificultad para el maestro, pensaba que no podían avanzar mediante métodos normales y que necesitaban un método especial, que se debía ensayar fuera de la clase de tipo normal. María era consciente que le faltaban recursos, que no aportaban los Centros, para evitar que estos niños permaneciesen siempre en el mismo grado, sometidos a la misma metodología que el resto, con el correspondiente perjuicio para ellos y para los demás.

El grupo más numeroso que conformaban las clases habitualmente, eran los niños que desarrollaban un aprendizaje de tipo medio, con los cuales se debía tener en cuenta un factor clave: “la psicología del niño”. Cuando las clases funcionaban con coeducación, el problema resultaba ser más complicado, porque las niñas eran más despiertas que los niños de su misma edad.

¹⁴ Sánchez Arbós, M. (2006). *Op.cit.*, p. 204-205.

4. CONCLUSIONES

María Sánchez Arbós fue una maestra vocacional defensora de los principios de la Institución Libre de Enseñanza, en cuyas aulas desempeñó su docencia, poniendo en práctica sus concepciones metodológicas sobre la enseñanza. Durante la Segunda República consiguió la dirección de la Escuela “Francisco Giner”, que le proporcionó una inmensa satisfacción. La depuración del régimen franquista la desvinculó de la enseñanza oficial, pero no pudo evitar que siguiese ejerciendo su docencia en Centros privados, hasta que en 1953 pudo acceder a la Escuela de Daganzo y, posteriormente a la Escuela Preparatoria del Instituto Femenino Isabel la Católica, donde se jubiló en 1959.

Esta mujer que comenzó a ejercer su magisterio en la primera década del siglo XX, es un ejemplo de humanidad, tenacidad, lucha y fidelidad a sus convicciones, que en todo momento puso en práctica a pesar de la privación de libertades que impuso el régimen franquista en sus últimos años de docencia. Una mujer agnóstica que convivió en las aulas con la obligada imposición de una rigurosa práctica religiosa en los Centros oficiales, de la que no se salvó la Escuela Preparatoria del Instituto Isabel la Católica.

Su pedagogía estuvo basada en una formación integral de los alumnos, en el desarrollo pleno de su personalidad, mediante una metodología flexible y adaptada a las necesidades de cada alumno. Fue partidaria de una mayor flexibilidad de horarios para procurar la asistencia de los niños pobres a las clases, conocedora de sus múltiples limitaciones.

También fue detractora de los programas realizados a priori, sin un conocimiento exacto del alumno al que se iban aplicar, prefería ir elaborando la programación en consonancia con las demandas y necesidades del alumnado, de tal manera que tuviese un enfoque más cercano a la realidad docente. Tampoco era partidaria de que los programas estuviesen confeccionados con un alto número de contenidos, que no se pudiesen cumplir o que conllevaran su aprendizaje a marchas forzadas, sin profundizar en ellos.

Era consciente de que los alumnos a partir de los seis años tenían su propia concepción de las cosas que les rodeaban y de la necesidad de partir de esas ideas para desarrollar su aprendizaje, sin duda se estaba adentrando en el constructivismo. También era consciente de las dificultades para enseñar en grupos donde el número de alumnos se elevaba a cincuenta, y en que los ritmos de aprendizaje eran distintos. Señalaba tres categorías de

alumnos: los más aventajados, los más retrasados y los de tipo medio. Evidentemente, era partidaria de que los alumnos aventajados no desperdiciasen su tiempo, y de que los más retrasados recibiesen un apoyo educativo, que evitase un perjuicio para el resto de los alumnos al tener que rebajar el nivel de enseñanza. María Sánchez Arbós reconocía que los alumnos de tipo medio eran los que más atenciones recibían por parte del profesorado.

La importancia del juego como un instrumento de formación intelectual y moral, la importancia de perder el tiempo en reiterar las explicaciones con objeto de que los alumnos consolidasen sus conocimientos, de los trabajos manuales para generar habilidades en el alumnado, dentro de una práctica creativa y no estereotipada son algunos de los principios metodológicos en los que se desenvuelve sus teorías. A todo esto se unen sus logros mediante la puesta en práctica de una enseñanza activa, basada en el respeto a los niños, en la comprensión y en la eliminación del castigo físico. Por el contrario, recurría el refuerzo positivo, para evitar la frustración del alumno más retrasado y mejorar su interés por el aprendizaje. La implantación de la biblioteca escolar, la selección racional de los libros, la potenciación del gusto por la lectura son otras de las realizaciones que María puso en práctica en el Grupo Escolar “Francisco Giner”.

Sin duda, las alumnas de la Escuela Preparatoria del Instituto Femenino Isabel la Católica tuvieron la gran suerte de conocer a una maestra excepcional, que como todo luchador tuvo que sufrir los rigores de un sistema dictatorial, pero que hizo prevalecer sus principios educativos en unas aulas en las que imperaba el rigor, la seriedad, la pasividad, el libro de texto, al que María considero necesario pero no imprescindible y, desde luego, complementario de otros recursos educativos. La humanidad y la profesionalidad de María han conseguido que en la actualidad sus alumnas la recuerden como una persona que impuso la flexibilidad y la tolerancia sobre la irracionalidad del mecanicismo y el adoctrinamiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez de Miranda, P. (1976). La última enseñanza de María Sánchez Arbós. *El País*, 11-11-1976.
- Cela, J. y Palau, J. (1994). *Con voz de maestro. Un epistolario sobre la experiencia docente*. Madrid: Celeste ediciones.
- Cortada Andreu, E. (1988). *Escuela mixta y coeducación en Cataluña durante la 2ª República*, Madrid: Instituto de la Mujer.
- Cortada Andreu, E. (1994). De las escuelas de niñas a las políticas de igualdad. *Cuadernos de Pedagogía*, 286: 43-47.

- Espejo Saavedra, I. (1998). *Memorias de una maestra*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Hernandez Ruiz, Santiago. (1997). *Una vida española del siglo XX (1901-1988)*. Zaragoza: Instituto de Ciencias de la Educación. Universidad de Zaragoza.
- Instituto Isabel la Católica (1981). *Crónica 79-80 del Instituto Isabel la Católica*. Madrid: Instituto Isabel la Católica.
- Borroy, M. (1998). Mitos, creencias y mentalidades del magisterio de Aragón en el primer tercio del siglo XX. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Borroy, V. M. (1999). María Sánchez Arbós. Una maestra aragonesa en la edad de oro de la Pedagogía. *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 92: 12-21.
- Sánchez Arbós (2006). *Mi Diario*, Zaragoza: Gobierno de Aragón y Caja Inmaculada. Pp. 199-200.
- Martínez Medrano, E. (1980). *María Sánchez Arbós. Una maestra oscense (1889-1976)*, Zaragoza: Alcorces. Tema Aragonés, nº 18.
- Medrano, G. y Cruz, J.I. (1998). *Experiencias de una maestra republicana*. Valencia: Publicaciones de la Real Sociedad de Amigos del País.
- Ortés, J. (1998). *Vivencias de una maestra*. Madrid: Ed. Narcea.
- Palacios Bañuelos, L. (1988). *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.
- Viñao Frago, A. (1994). Las autobiografías y las memorias y diarios como fuente histórico-educativa: tipología y usos, en Ruiz Berrio, J. (ed.) *La cultura escolar en Europa. Tendencias históricas emergentes*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- VV.AA. (1977). María Sánchez Arbós, "Recuerdos de una maestra", en el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid: Tecnos.